

de comercio. Pero si estas suposiciones no se hiciesen, si se supiese que en aquel pueblo hay elementos para una vida viril, robusta, que brotan abundantes manantiales de riqueza, utilizados unos, desapercibidos otros, que el pasado ha sido grandioso, que el presente es respetable, que el porvenir, aunque cubierto con denso y oscuro velo, puede ser inmenso, próspero, feliz; si se supiesen todas estas circunstancias, repetimos, y á pesar de ello se notase un abandono para que estos intereses fuesen representados, de seguro que se harían mas graves inculpaciones: tal vez se ocurriera la nota de ignorancia, acaso se presentara la idea de la indolencia, quizá se creyera en un bajo y mal entendido egoísmo.

Hé aquí porqué recomendamos á nuestros conciudadanos que atiendan á sus intereses y derechos, que discutan, que hagan resonar su voz; hé aquí porque elevamos la nuestra, siquier se nos tache de audaces, no se nos mancille con la infamante nota de indolentes ó de egoístas, por que la ociosidad, la indolencia, el egoísmo son las mas innobles afecciones del corazón, y el mas fundado germen de los vicios.

*Mariano Estéban de Góngora.*

**A MI AMIGO EL SR. D. MARIANO IGNACIO DE VERGARA,  
EN LA MUERTE DE SU HIJA.**

**ELEGIA.**

¡Ay! ¿por qué de la vida  
Tras la risueña aurora  
Prensan el corazón rudos pesares?  
¿Por qué esa luz querida  
Que la existencia dora,  
Ha de verse perdida,  
Cual bruma que se eleva de los mares?

¿Por qué esa edad dichosa  
De placer y ventura  
Que nuestras dulces horas embalsama,  
Pasa tan presurosa,  
Cual pasa la verdura  
Esmaltada y preciosa  
Que adorno fué de la frondosa rama?

Mas ¡ay! que ya el destino  
Desde los verdes años  
Al hombre muestra su ceñuda frente,  
Y enséñale el camino  
De amargos desengaños  
Que este mundo mezquino  
Sabe brindar en copa trasparente.

¡Ay! que la suerte airada,  
Ominosa, inconstante,  
Persigue al hombre con tenaz empeño,  
Y su torva mirada  
Le lanza amenazante,  
Para hundirle en la nada  
Al despertar de su dorado sueño.

Hé aquí por qué los ojos  
Por el llanto empañados  
La juventud hermosa marchitaron,  
Y una senda de abrojos  
Contemplan desolados,  
Y míseros despojos  
Donde amenos verjeles admiraron.

Hé aquí por qué se cierra,  
Jugete de la suerte,  
Mi triste corazón á la alegría,  
Y en su dolor se aferra,  
Y cada vez mas fuerte  
Sufre la cruda guerra  
Con que el hado cruel le desafía.

Porque en la noche oscura  
De nuestra amarga vida  
Un erial desierto atravesamos,  
Y ni un astro fulgara  
Que la imagen florida  
Nos muestra con dulzura  
De la beldad que en sueños adoramos.

Por eso tu mirada  
Perdida, vacilante  
Acaso avanza hasta la tumba fría,  
Y la fatal morada  
Contemplas delirante  
Que encierra despiadada  
La flor que marchitó la muerte impía.—

¡Ay! Pobre flor, que apenas  
El aura deliciosa  
De la existencia respiraste ufana,  
Cuando de agudas penas  
Sufriste silenciosa  
Las pesadas cadenas,  
Que ajaron ¡ay! tu juventud lozana.

¡Pobre niña, que pura,  
Candorosa, inocente,  
Y el alma virgen de doblez y dolo,  
El Caliz de amargura  
Bebiste lentamente,  
Y la acerba tortura  
Ni una esperanza te dejó tan solo!

Así, cuando imperiosa  
La Parca vengativa  
Amenazó tu cuello delicado,  
Te rendiste gustosa  
A su mirada altiva,  
Y lo doblaste ansiosa,  
Dejándolo á su arbitrio abandonado.—

¿Por qué entonces la muerte  
No embotó su cuchilla?  
¿Por qué no respetó sus tiernos años?  
Pero ¡ay! que en polvo inerte  
Su frente sin mancilla  
Trocó la infausta suerte,  
Y á otra mansion voló de desengaños.